

WILLIAM WENTON v EL LADRÓN DEL LURIDIO



DESTINO

BOBBIE PEERS

MARTÍN
FERRAZ

WILLIAM WENTON Y EL LADRÓN DEL LURIDIO

BOBBIE PEERS

Traducción: Elda García-Posada

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Luridiums-tyven*
Publicado mediante acuerdo con Salomonson Agency
© Bobbie Peers, 2015
© de la traducción: Elda García-Posada, 2017
Esta traducción cuenta con el apoyo NORLA
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-08-17128-7
Depósito legal: B. 5.019-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.

CAPÍTULO 1

OCHO AÑOS MÁS TARDE. UNA DIRECCIÓN SECRETA, EN ALGÚN LUGAR DE NORUEGA

William estaba tan absorto en lo que estaba haciendo que no oyó cómo su madre lo llamaba. Inclinado sobre una enorme mesa de escritorio, fruncía el ceño mientras apretaba el último tornillo de un cilindro de metal del tamaño del tubo de cartón de un rollo de papel higiénico. La pieza se hallaba dividida en varias partes, grabadas con distintos signos e inscripciones.

Al acabar, William la sostuvo ante la luz de la habitación para examinarla con detenimiento. A continuación, recogió un recorte de periódico con una foto de un cilindro igual al que tenía en la mano. El pie de foto rezaba: «*Imposibilitas*: el rompecabezas más difícil del mundo llega a Noruega. ¿Serás capaz de descifrarlo?».

—¡A CENAR! —gritó su madre desde la cocina, en la planta de abajo.

William no se inmutó. En su defensa debe decirse que la acústica de la casa no era muy buena. Los muros del gran chalet en el que vivían se hallaban cubiertos de estanterías rebosantes de libros. La mayor parte de los volúmenes eran heredados del abuelo materno de William, quien había dejado estrictas instrucciones de que jamás se deshicieran de ellos. Los habían traído aquí desde Inglaterra en siete grandes contenedores de transporte marítimo. William los había leído todos y cada uno de ellos al menos dos veces.

Hacía ocho años que se habían visto obligados a huir de Inglaterra. Ocho años desde que se habían mudado a esta casa. Y ocho años desde la desaparición del abuelo. Ahora, William y sus padres vivían bajo nuevas identidades en un país llamado Noruega.

—¡WILLIAM OLSEN! ¡A CENAR!

Su madre no se rendía: por fin consiguió que William la oyera. Lo había llamado «Olsen», William Olsen. La verdad es que no acababa de acostumbrarse a ese apellido. Esperaba con anhelo el día en que por fin pudiera desvelar a todos su verdadera identidad, su verdadero nombre: William Wenton.

Hacía tiempo que había dejado de preguntar acerca de lo que realmente había ocurrido en Londres ocho años atrás. Había dejado de indagar también por qué ahora su familia se apellidaba Olsen y por qué habían aprendido el noruego. Por qué, de todos los lugares del

mundo, habían elegido este para vivir, y qué era lo que le había pasado al abuelo. Sus padres habían decidido no hablar del tema, como si el secretismo fuera mejor que la verdad. Lo único que sabía era que lo que había pasado tenía algo que ver con un accidente de coche. El accidente que había dejado a su padre paralítico.

Pero eso no era todo. Los hechos habían sido tan graves que la familia se había visto obligada a evaporarse de la faz de la Tierra. Y ese país pequeño y estrecho del que casi nadie había oído hablar era el sitio perfecto para desaparecer durante el tiempo que fuera necesario.

—¡A CENAR! —gritó su madre de nuevo.

«Un segundo, aún tengo que hacer una cosita...», murmuró William para sus adentros.

Entonces fue el turno de su padre, quien vociferó en la lejanía:

—¡WILL! ¡VAMOS A CENAR YA!

William giró el cilindro con cuidado entre sus manos, percibiendo la perfección de todas sus diminutas piezas. De pronto, dio un gran respingo cuando la puerta de su habitación se abrió, golpeando y volcando una alta pila de libros. Uno de estos chocó con el cilindro, que se le escapó de las manos, cayó al suelo con un sonoro clonc y salió rodando. William se agachó para recogerlo al tiempo que su padre cruzaba el umbral en su silla de ruedas eléctrica. El objeto rodaba en

su dirección: el chico lo miró horrorizado. Se oyó un crujido metálico cuando una de las ruedas lo aplastó. Su padre frenó en seco. Una nubecilla de humo se elevó desde el cilindro atrapado bajo la rueda, acompañada del chisporroteo que hacen los aparatos eléctricos cuando se averían. El padre de William miró irritado su silla.

—¿No me digas que este trasto se va a poner en huelga de nuevo? ¡Pero si lo acabo de llevar al servicio técnico! —masculló antes de clavar la mirada en su hijo, quien se apresuró a tapar con una mano el recorte de periódico que reposaba sobre el escritorio.

—A cenar. ¡AHORA MISMO! —ordenó el padre. Acto seguido dio marcha atrás, chocó con otra pila de libros y salió de la habitación.

William esperó a que cesara el ruido que hacía el ascensor para minusválidos al bajar. A continuación, se levantó y respiró profundamente. ¡Uf, por qué poco! Seguro que su padre no había visto nada, ¿verdad? Había escondido a tiempo el recorte de periódico, de eso estaba bastante seguro. Se acercó al cilindro y lo levantó con delicadeza. Un extremo estaba chafado. Lo agitó levemente.

«Pero ¿cómo puedo ser tan estúpido?», se dijo a sí mismo mientras echaba una ojeada al robusto cerrojo que tenía la puerta.

¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de echar

el pestillo por dentro? Siempre lo hacía cuando estaba ocupado en descifrar claves y combinaciones.

William se dio la vuelta y se acercó de nuevo a su mesa de escritorio. Guardó el recorte de periódico junto con los restos del cilindro en uno de los cajones. Antes de cerrar, se quedó un momento mirando las demás cosas que había en su interior: una mano robótica casera que él mismo había fabricado, un rompecabezas metálico tridimensional, un cubo de Rubik de los de toda la vida y una caja en la que guardaba soldadores eléctricos, pequeños destornilladores y alicates.

Cerró el cajón a cal y canto, usando una llave que guardaba en una rendija del suelo de parquet. Por último, echó de nuevo un vistazo a la habitación para cerciorarse de que lo había escondido todo bien.

Por alguna razón desconocida para él, su padre detestaba todo lo que tuviera que ver con combinaciones secretas, claves y sistemas de cifrado. Estaba siempre dándole la tabarra con que debería entretenerse de la misma forma que los demás chicos: jugando al fútbol, apuntándose a los *boy scouts* o lo que fuera. Era como si a su padre le dieran miedo las claves y sistemas criptográficos, y como si temiera que él, William, pudiera interesarse por ellos. La cosa, además, no hacía sino empeorar: había llegado al punto de que recortaba los crucigramas de los periódicos y los quemaba en la chimenea. Por eso William se había acostumbrado a echar

el pestillo de la puerta, para que su padre no descubriera todo lo que tenía escondido en su habitación.

¡Si supiera cómo era la vida para William a veces! En ocasiones, lo único que veía a su alrededor eran claves y combinaciones. Todo constituía a su manera un sistema cifrado o un puzle que resolver: los jardines, las casas, los coches. Cualquier cosa que viera en la tele o leyera en los libros se le presentaba como un rompecabezas que tenía que completar. Su cerebro se ponía a trabajar en el momento más inesperado, cuando contemplaba un árbol o el dibujo del papel pintado que recubría una pared. Era como si las cosas se disolvieran ante sus ojos hasta que podía apreciar todos y cada uno de los detalles, al igual que la relación entre ellos. Así había sido desde que tenía uso de razón. Y esta particularidad le causaba no pocos problemas. Por eso se sentía más a gusto a solas, a ser posible en su habitación con la puerta cerrada, donde tenía todo el control.

William permaneció unos instantes más mirando la gran mesa de escritorio que había pertenecido a su abuelo. El sobre de la mesa era oscuro y reluciente, hecho de ébano, una de las maderas más sólidas del mundo. Las esquinas estaban decoradas con rostros diabólicos que hacían muecas y sacaban la lengua. De pequeño, esa mesa le daba miedo. Pero, al crecer, el miedo se convirtió en curiosidad. Toda la superficie se hallaba cubierta de extraños signos: los «garabatos del

abuelo», en palabras de su madre. A William le encantaba imaginar que se trataba de mensajes secretos de su abuelo, quien, después de todo, había sido uno de los mejores criptólogos del mundo. Sin embargo, todavía no había logrado descifrarlos. Tenía la esperanza de hacerlo algún día, de llegar a averiguar su significado. La esperanza de entender qué era lo que su abuelo había escrito, y por qué.

—¡VAMOS A CENAR YA! —repitió su madre.

—¡Ya voy! —contestó William.

Y en dos ágiles zancadas salió de la habitación.